

EL SENTIR CON LA IGLESIA

EE [352-370]

(1) Una vez que hemos entrado en la Santa Mansión, en la Iglesia, no disponemos ya sólo de nuestras propias fuerzas para amar, comprender y servir a Dios, sino las de todos sus miembros a un tiempo, desde la Virgen bendita en lo más alto de los cielos hasta el pobre leproso africano que lleva una campanilla en la mano y se sirve de una boca medio podrida para balbucear las respuestas de la misa. Toda la creación, visible e invisible, toda la historia, todo el pasado, todo el presente y todo el porvenir, toda la naturaleza, todo el tesoro de los santos multiplicados por la Gracia, todo esto está a nuestra disposición, todo esto es nuestra prolongación y nuestro magnífico instrumental. Todos los santos, todos los ángeles nos pertenecen. Podemos servirnos de la inteligencia de santo Tomás, del brazo de san Miguel y del corazón de Juana de Arco y de Catalina de Siena y de todos esos recursos latentes que basta que los toquemos y que entren en ebullición. Cuanto se hace de bueno, de grande y de hermoso de un extremo a otro de la tierra, cuanta santidad hay en los hombres es como si fuera obra nuestra. El heroísmo de los misioneros, la inspiración de los doctores, la generosidad de los mártires, el genio de los artistas, la oración inflamada de las clarisas y de las carmelitas es como si fueran nosotros; ¡es nosotros! (...) Por siempre sea alabada esta gran Madre llena de majestad, en cuyas rodillas todo lo he aprendido (PAUL CLAUDEL).

CARACTERÍSTICAS HOMBRE DE IGLESIA, *vir ecclesiasticus*, en MEDITACIÓN SOBRE LA IGLESIA (HENRI DE LUBAC)

“Él ama la belleza de la Casa de Dios. La Iglesia ha arrebatado su corazón. Ella es su patria espiritual. Ella es “su madre y sus hermanos”. Nada de cuanto la afecta le deja indiferente o desinteresado. Echa raíces en su suelo, se forma a su imagen, se solidariza con su experiencia. Se siente rico con sus riquezas. Tiene conciencia de que por medio de ella, y sólo por medio de ella, participa de la estabilidad de Dios. Aprende de ella a vivir y morir. No la juzga sino que se deja juzgar por ella. Acepta con alegría todos los sacrificios que exige su unidad.

1.- AMA SU PASADO

Hombre de la Iglesia, ama su pasado. Medita su historia. Venera y explora su Tradición. [...] El sabe, además, que Cristo está siempre con ella, hoy como ayer, y hasta el fin de los siglos, “para continuar su vida y no volver a empezarla”. [...] La Iglesia no es para él una cosa que pertenece más al pasado que al presente, sino que es una gran “Fuerza”, viva y permanente, que no se puede dividir.

2.- CREE

Escritura, Tradición y Magisterio: él considera que estas tres cosas son el triple y único cauce por el que le llega la Palabra de Dios. El ve que, lejos de perjudicarse o limitarse la una a la otra, se apoyan, se organizan entre sí, se confirman, se esclarecen y se exaltan mutuamente. [...] El sabe que nunca llegaría a tener una verdadera cultura eclesial sin un trato amoroso y, desinteresado con los que con toda justicia puede llamar los “clásicos” de su fe. En ellos no busca tanto la compañía de “espíritus eminentes” cuanto la de “hombres verdaderamente espirituales”.

3.- CONTINUIDAD EN LA DIVERSIDAD

Sin cerrar los ojos al hecho evidente de las diferencias- hay muchas cosas que van cambiando en lo que no es esencial según los tiempos y los lugares- él se aplica a ver la continuidad, que es aún más real. Sin excluir de su horizonte nada de cuanto la Iglesia aprueba, él puede tener sus preferencias personales, sentir y cultivar determinadas afinidades que sin duda Dios no las ha querido en vano.

4.- COMBATE LA FE

No es extremista y desconfía de las pujas; con todo, tiene conciencia de que en los sacramentos de la Iglesia no ha recibido un espíritu de temor sino de fortaleza, y no duda en entablar combate cuando se trata de la defensa o del honor de su fe. Sabiendo que se pueden cometer muchos pecados de omisión, habla y obra con intrepidez, “oportuna o importunamente”.

5.- PENSAR CON Y EN LA IGLESIA- FIDELIDAD

Querría estar siempre dispuesto, [...] a dar razón a cualquiera que se lo pida, de la esperanza que tiene, y teme hacerse incapaz de ello por acostumbrarse a vivir de unos horizontes demasiado limitados o por el excesivo afán de la propia

tranquilidad. El procura pensar siempre no sólo “con la Iglesia” sino también, como decía el autor de los *Ejercicios Espirituales*, “en la Iglesia”, lo cual implica a la vez una fidelidad más profunda, una participación más íntima.

6.- ES AMPLIO Y ACOGEDOR

La intransigencia de la fe y el apego a la tradición no se convierten en rudeza, en desprecio, o en aridez de corazón. No le impide ser acogedor y no lo encierran en una ciudadela de actitudes negativas. [..], él desearía siempre, lo mismo que ella, “dejar abiertas todas las puertas por donde espíritus diversos entre sí puedan llegar a la misma verdad”.

7.- EVITA TODA CAMARILLA E INTRIGA

El se mantiene apartado de toda camarilla y de toda intriga [..] Comprende que el espíritu católico, que es a un tiempo riguroso y comprensivo, es un espíritu “más caritativo que querrelloso” [..] Porque recuerda que “la sabiduría que desciende de arriba es pura, pacífica, modesta, conciliadora”, que la caridad no debe ser “fingida”, y que “el fruto de la justicia se siembra en la paz”.

8.- SENSIBLE A CUANTO AFECTA A TODA LA IGLESIA

Cualquiera que sea el lugar y la función particular que ejerce en el cuerpo del que es miembro, se muestra sensible a cuanto afecta a todos los demás miembros. El mismo se siente afectado por todo lo que paraliza, entorpece o lastima a todo el cuerpo. Y por lo mismo que no consentiría separarse de él, tampoco puede permanecer indiferente.

9.- DISCERNIR LOS ESPÍRITUS

El se preocupa con preferencia de “discernir los espíritus”. Busca con los que buscan. Temería oponerse quizá a la obra de Dios por una severidad demasiado pronta o rígida y detener una marcha necesaria porque se puedan dar algunos pasos en falso. Antes de impedir un esfuerzo, él procurará siempre enderezar su orientación. Y si las circunstancias le invitan a intervenir, no huye el bulto.

10.- ABIERTO A LA ESPERANZA

El hombre de Iglesia siempre está abierto a la esperanza. Para él, el horizonte nunca está cerrado. [...] Junto con la comunidad de los creyentes, espera el retorno de Aquel a quien ama. El no se olvida de que, en fin de cuentas, todo cuando pasa se ha de juzgar con relación a este término. Pero tampoco se olvida de que la espera debe ser activa y que no debe desviarnos de ninguna de las tareas de aquí abajo, sino que las hace más urgentes y rigurosas.

11.- AMA LA VERDAD Y LA AUTENTICIDAD

Presta buena acogida y hace suyo con todas las veras de su corazón, el afán de veracidad, de autenticidad [...]. Habiendo sido admitido en la Santa Jerusalén, “ciudad de la verdad”, donde él ha encontrado al “Dios de la verdad”, “al Dios sin mentira y veraz”, recordando que el Espíritu Santo es enemigo de toda ficción [...]. Con todo, comprende el valor del silencio. Comprende también que hay un tiempo para cada cosa, y que las empresas que aparentemente son las mejores, pueden ser extemporáneas y que, en definitiva, no es él que debe juzgarlo.

12.- AMA LA OBEDIENCIA

El hombre de Iglesia no es sólo obediente, sino que ama la obediencia. Nunca querría obedecer “por necesidad y sin amor”.

No hay cosa que pueda hacerle olvidar que la salvación del género humano se realizó por un acto de abandono total, que el Autor de esta salud, “aunque es Hijo, aprendió por sus propios sufrimientos lo que es la obediencia” y que sólo por El, sólo con El y sólo en El es como nosotros podemos “a un tiempo ser salvos y salvadores”. Este simple recuerdo es para él mucho más eficaz que todas las teorías y que todos los discursos y siempre le impedirá el reducir la obediencia, que es conformarse con Cristo obediente, a una virtud de interés social.

13.- AMA LA IGLESIA ROMANA, PEDRO Y SUS SUCESORES

Habla de la Iglesia como madre suya. En efecto, él con toda la Tradición la tiene por “raíz y madre de la Iglesia católica”. [...] El sabe que a Pedro se le confió el cuidado no sólo de los corderos, sino también de las ovejas; que el mismo Jesús oró para que la fe de Pedro no desfallezca; que El ha puesto en las manos de Pedro las llaves del reino de los cielos y que le ha ordenado que fortifique a todos sus hermanos.